

FASCINANTE Y TREMENDO

Antonio Trobajo Díaz (La Nueva Crónica, 9-IV-2017)

Pueden ser signos engañosos y hasta, si quieren, les confieso que pienso que lo son. Al menos en una medida determinada y según de qué sectores de población hablemos. ¿Que con esto le estoy dando la razón a la señora diputada Bescansa que decía que, si solo votaran los menores de 45 años, Podemos ganaría las elecciones y Pablo Iglesias sería presidente del Gobierno? No tanto, pero la verdad es que la paganización está en la calle. Y la Semana Santa también. Como un signo ambiguo.

Lo que se ve en estos días es que estamos invadidos y hasta apabullados por las muestras de religiosidad (¿serán también de piedad?) popular católica. Echen mano de los periódicos, escuchen la radio, vean la televisión o pateen las calles y percibirán muestras y muestras de un patrimonio cultural semanasantero, material e inmaterial, mueble e inmueble, real y hasta virtual con la “nube” del mundo de Internet: pregones, procesiones, pasos, rondas, túnicas y capillos, trompetas, gaitas y tambores, manolas, papones, lambriones y potajeros... Y limonadas y tapas; estas de bacalao, por supuesto, que son días de vigilia. Y hasta el Metro de Madrid y Bilbao y los vagones de Renfe nos avasallan con los lemas de “León, ciudad de Semana Santa” y “León, tu gran pasión”.

No se trata de ser rigoristas en el asunto: religiosidad, folclore (que es costumbrismo) y frivolidad siempre han andado dándose de la mano. Acaso por las reacciones muy terrenas ante aquello de Rodolf Otto de que lo numérico o sobrenatural es a la vez fascinante y tremendo. Ante esta mixtura de cosas, a uno le toca clamar (¿en desierto?), junto a otros, por que la tradición cristiana de estos días, que forma parte sustancial y hasta determinante de nuestra identidad cultural, se procure mantener en la mayor autenticidad posible. Y que este esfuerzo, seguro que en muchas ocasiones hecho a contracorriente, no caiga en exclusiva sobre las espaldas de los curas y de algún aproximado.

Es ocasión de reivindicar la existencia de los profundos valores religiosos que anidan en la lágrima de aquella mujer, en los pies descalzos de aquel hombre, en los ojos brillantes de aquel niño y en el pasar las cuentas del rosario con los dedos de aquel papón o papona de fila. Y de defender que lo primero es lo primero: que nada de nuestro patrimonio ambulante cofrade y parroquial de estos días existiría si antes y detrás no estuviera una fe que se comparte y celebra en la liturgia de nuestros templos. Que, por cierto, sigue celebrándose. Que sí. Se lo aseguro.